

PARQUE PATRICIOS

RUBÉN PESCE

ILUSTRACION MINERVA

Por allí, donde se levanta el estadio del Club Huracán, se extendía el famoso "Barrio de las Ranas" . . . Aquí, en este alegre y frondoso Parque Patricios, parque de pájaros, niños y enamorados, se levantaban los "Corrales Viejos" . . . Y he aquí este barrio progresista y trabajador, el de la parte sur de Boedo, después de la calle Caseros, este milagro de hoy, fue, en el deslinde de los dos siglos, un escenario penoso, trágico, sangriento . . . Porque por un lado lo decoraban las basuras acumuladas por la Municipalidad para ser quemadas; por el otro, los galpones y cercos de los mataderos, por cuyos zanjones no sólo corría la sangre de los animales . . .

El tristemente célebre "Barrio de las Ranas", o mejor, "Pueblo de las Ranas", también conocido como "Barrio de las Latas", por su caserío, o simplemente por "La Quema" por su uso municipal, legendario lugar de siniestros héroes, estaba constituido —lo que era su "Centro"—, por las manzanas que hoy se hallan entre las vías del ferrocarril (al sur), y la Avenida Amancio Alcorta (al norte), que por entonces era conocida por la Calle de las Cina-cinas, cerco vegetal y romántico que ocultaba el contraste del deplorable barrio. Al este y al oeste, los límites actuales serían, según Luciano Payet, las calles Colonia y Monteagudo, respectivamente. El apelativo batracio del lugar provenía de los croantes animalitos que surgían de la laguna de la zona (por la actual calle Luna), cuyas aguas embarraban las cercanías . . . Las ranas eran fácil pesca, no sólo en la laguna misma, pues pululaban por todos esos lugares . . . Los casi-seres-humanos que allí cohabitaban con esos animalitos, y con los perros, eran llamados "raneros", pues ellos, como los de cualquier pueblo, debían tener su gentilicio. Y sus mujeres eran las "raneras" —sinónimo de ladronas y prostitutas—, que Félix Lima llamara "la haute femenina del mallevaje".

La edificación del Pueblo de las Ranas estaba hecha a base de latas de querosene o nafta —producto que se importaba—, las cuales eran utilizadas de dos maneras: o bien se las llenaban de tierra y se apilaban como grandes ladrillos, o bien se las

abrían y se extendían, claveteándolas en un armazón de madera. El estilo de sus techos variaba: podían ser erróneamente horizontales o bien a dos aguas y, a menudo, por la estrechez de las habitaciones, de una sola agua. En general, alargadas o cuadradas, dichas habitaciones cubrían más o menos unos cuatro o seis metros cuadrados. Otros habitantes prescindían de la vivienda, desconocían la cama o algo que se le parecía, y vivían al aire libre, utilizando como lecho el blando pavimento de tierra o el más suave colchón que les ofrecían las basuras. Un cronista de "Caras y Caretas" escribía en 1905: "En invierno, los pestíferos vahos que como exudación de tisis surgen de la tierra, suplen la ausencia de los caloríferos. En verano, ese mismo calor sírveles de ayuda. Les limpia la piel. Les baña en sudor, de arriba a abajo. Así se purifican en su propia salsa . . ." El otro cronista citado, Félix Lima, describía las casillas como "chalets de latón, de agujereados techos", a los que a veces les agregaban cueros. Todo lo cual, para el lector de hoy, es una pretérita imagen de nuestras actuales "Villas Miserias".

"La población (1905) la constituyen más de trescientas personas: hombres, niños, mujeres. Todos viven unidos. Los une la confraternidad de la miseria y del vicio; del amor y del odio . . . Se arrastran sobre la basura con la voluptuosa filosofía de los cerdos. Así gozan . . ." Estos pobladores vivían a expensas de dos actividades: la primera era la que les brindaba la quema de las basuras que tenían al lado. Allí llegaban de la ciudad los carros municipales, que habían recolectado toda clase de desperdicios, y volcaban en esos terrenos su hediondo contenido. Entonces todos los raneros, una masa humana siniestra, se avalanzaba con avidez sobre los montones de basura, y lo primero que elegían era toda la comida posible de llevarse de inmediato a la boca, limpiándola apenas: trozos de carne, pan fétido, aves muertas, frutas podridas . . . Una vez alimentados, comenzaba el trabajo, la selección de materia para ser "industrializada". Era el momento en que cumplían el oficio de "ciruja" o "cirujano"; es decir, cuando revolvían

pacientemente la basura para apartar huesos, trapos, grasas, latas . . . Para realizar esta tarea "se vendaban las piernas —dice Gobello—, desde la mitad del muslo hasta el tobillo, con tiras de arpillera dispuestas a la manera de polainas, y se hundían en quince o veinte centímetros en la basura, que hurgaban con un gancho para juntar changas . . ." Tenían compradores para cada cosa: la grasa, una vez derretida y amasada, la vendían a panaderías para hacer bizcochos; las gallinas muertas, cocinadas y aderezadas, a restaurantes y bodegones; y lo mismo llevaban a talleres el estaño sacado de las soldaduras de las latas . . .

Y aquí podemos recoger, como fiel documento, las palabras de un ranero entrevistado por el cronista de "Caras y Caretas", testimonio auténtico:

—"Venga, amigo. No tenga miedo . . . Este es un pueblo trabajador . . . Trabajar no siempre es mover los brazos. Vivir es trabajar. Pero aquí vivimos mejor que la gente plautada. Lástima que semos muchos . . . Antes éramos pocos, pero áura han nacido acá mesmo una punta de chicos que no saben quién es su propia madre ni cual de nosotros es el padre . . . Cuando llegan los basureros de los barrios ricos, viera, amigo, cómo nos apelotonamos pa poder cazar al vuelo alguna gallinita de esas que los ricachos tiran nada más que porque se mueren de moquillo . . . Nosotros les sacamos las plumas, y en el mesmo fuego de las basuras, las asamos. ¡Y qué ricas! . . . ¿Vé aquél montón de trapos viejos? Pues aquí es dónde vienen a parar los lujos de las mujeres. ¿Y ve aquélla torre? Son pantalones. Nada más que pantalones. ¿Qué le parece? Ande diablo se habrán ido las piernas que los usaron? ¡Bien dice mi comadre Rosa la Pelada, que los hombres están perdiendo todo, hasta los pantalones! . . . También por acá tenemos una calle Florida. ¿No la conoce? Mire pa allá, ande están aquellos ranchos. En aquel de la izquierda damos esta noche un baile. ¿Quiere venir? Traigasé un cuchillito . . ."

La nota de la que estamos haciendo citas, fue escrita nada menos que por Juan José de Soiza Reilly,

en sus primeros pasos periodísticos. En ella se menciona también a Mister Slitton, un hombre de barba blanca y galera, que oficiaba de "Gobernador del Pueblo de las Ranas" y, por supuesto, también tenían una casa de Gobierno, "que marcha macanudamente porque nadie le lleva el apunte". Además se habla de los "revisadores", que era gente contratada por el empresario de La Quema, que se atrevían a revisar a los raneros al abandonar los basurales, por si encontraban joyas u otros objetos de valor.

El otro trabajo de los habitantes "de los peligrosos dominios de esa selva de humo", era el delito; el delito en todas sus formas y estilos. En esto trabajaban mucho las mujeres y los niños... Las "raneras" vestían andrajosamente o con poca ropa. Solían "salir a buscar hombres", "a engrupir otarios"; claro que para ello tenían sus pilchas especiales... Los llevaban hasta el barrio, prometiéndoles gratos momentos, y allí sus "cafishos" se encargaban de sacarle todo lo que llevaban puesto. Otras, directamente, ejercían el oficio de prostitutas. Otras eran ladronas habilidosas. Lo mismo que los niños, que eran expertos en toda clase de "caloteos". Por supuesto que la policía hacía cotidianas rondas por el terrible barrio, no sólo en busca de objetos robados, sino en busca de criminales que allí se refugiaban, allí mismo donde el crimen imperaba, pues a menudo se encontraban con habitantes muertos, a puñaladas, hombres o mujeres, por celos o venganza; y debían realizar una investigación que terminaba en la nada: "el honor de esos miserables era ocultar los delitos ajenos"... La lucha de la policía siempre resultaba inútil... Por eso fue naciendo la necesidad de arrasarlo todo, para terminar con esa cuna de la delincuencia...

Y, en efecto, por el año 11 ó 12, la policía y la municipalidad, en una operación conjunta, derribó todas las casas del Pueblo de las Ranas, cargó en chatas todas sus ropas y muebles, y provisoriamente llevó a todos sus habitantes a un improvisado galpón... En el lugar sólo quedaron montones de latas, chapas y maderas, y la humareda tibia y maloliente envolviéndolo todo, como una pesadilla que pasaba para la ciudad...

De las protestas que año a año se levantaban contra la existencia de este siniestro barrio, de su final ya por el centenario previsto, nacieron algunas obras teatrales que por entonces estrenaron los Podestá: algún

boceto dramático de Pedro E. Pico, **Ranera**, de Segundo Pomar y, la de más valor, **En el barrio de las ranas**, de Enrique García Velloso, estrenada en el Apolo en 1910 y repuesta en 1964 en el Teatro Libre Florencio Sánchez, con notable éxito, pues la misma crítica se asombró al descubrir los valores de este drama del bajo fondo que permanecía en el olvido.

Debemos aclarar ahora que los "raneros", al salir del barrio los domingos o por las noches, vestían sus mejores pilchas, características de los malevos de entonces, de los "canfifleros": saco cuadrado suelto, corto, y algunos con dos tajitos disimulados; pantalón ajustado, gris, con trencillas negras en los costados; sombrero de ala ancha; lengue o boa anudada a la garganta... Presumían de elegantes, se comenaban de ese papel y sabían disimular bien su condición de "cirujas" de La Quema. Iban a tomarse unos tragos de vino a algún bodega, asistían a algún bailongo o se sentaban en el café de Benigno, en la esquina de Rioja y Caseros... "rincón de bravos y soñadores, artistas en ciernes y pacíficos comerciantes", lo define hacia 1920, todavía, Ismael Moya.

Dejante del barrio que acabamos de describir recopilando crónicas, estuvieron durante veintiocho años los no menos famosos "Corrales Viejos", otro lugar casi mitológico de nuestro Buenos Aires. Eran los viejos Mataderos del Sud —también llamados "de la Convalecencia" desde la época de Rosas, por el hospital cercano—, que estuvieron instalados más cerca de Puente Alsina. Después de la trágica epidemia de la fiebre amarilla, necesitando la Municipalidad habilitar un cementerio para tantas víctimas, los Mataderos del Sud fueron trasladados, en 1872, sobre la calle Caseros, exactamente dentro de los límites donde se encuentra hoy el Parque Patricios, creado en 1903. Los Mataderos fueron trasladados nuevamente en 1900 al barrio que hoy lleva ese nombre, allá, entre las avenidas Tellier y Del Trabajo...

Seis u ocho manzanas habían sido asignadas a los corrales para la hacienda, dentro de las calles de la Arena (Almafuerte, Caseros, Montea-gudo y la callecita de Los Patos (que hoy mantiene ese nombre). Las tropas que venían del sur, pasaban el Puente Alsina y entraban por la calle de la Arena; las que venían del oeste, por el camino que son hoy las calles Coronel Roca, Avenida Sáenz y Almafuerte. Los corrales tenían unos galpones largos y techados a dos

aguas con tejas francesas, una playa de faena y casillas para los consignatarios, también con galerías de tejas. Los corrales en sí, donde se metía al ganado, estaban limitados con postes de ñandubays. Los alrededores no estaban muy edificados y sólo unas pocas cuadras sobre Caseros y Rioja mostraban caserío compacto. Más allá, hacia el oeste o hacia Puente Alsina, ya era campo, y aquí y allá surgían conocidas quintas, como las que cita Justo P. Sáenz (h.), nuestro principal informante: la de don Francisco Moreno (sobre Pedro Echagüe, hoy Instituto Bernasconi), la de don Carlos Silva, la de don José Fernández (calle Arena), la de Aldao (Brasil y Matheu), la de don Alberto Casares (Dean Funes y Loria), la de don José Gregorio Lezama, separada por el campo de Pereyra Iraola de la citada Quema... Al otro lado de la actual Avenida Sáenz estaban los terrenos de Enrique y Jorge Navarro Viola, lindando con La Quema. Y citemos también las chacras de los Rocca, Bustamante, Nocetti y Quesada.

Una nota característica dentro de los "Corrales Viejos", la daban los carros que se detenían en su playa: carros de dos ruedas, como los que se ven en la más difundida fotografía, techo de medio punto de madera y zinc, pintados de verde y tirados por un solo caballo, en los que se transportaba la carne faenada a mercados y carnicerías de la ciudad. Aclara Sáenz que al caballo "se le agregaban uno o dos cadeneros cuando el estado de los caminos lo hacía necesario".

Por otra parte, característicos era también los pobladores de esos lugares, los que más típicos parecían caminando por los callejones: las sucias y andrajosas mujeres de Las Ranas, paisanos, peones y reseros, algunos de a caballo; cuchilleros de pantalón y botas, otros de zapatillas bordadas; es decir, en su mayoría, hombres bravos y de avería, muchos de los cuales gozaban de temible fama... Eran los que más trabajo daban a la seccional 12 y los que más clientes mandaban al cercano Hospital San Roque (hoy Ramos Mejía). De un viejo vecino recogió Sáenz los apodos de "El Loro" (Felipe León), "Los Carpinchos" (los hermanos López), "El Nortero" (Tristán Cabrera) y "El Tandilero".

Además de la actividad principal, abundaban en esa zona las pequeñas fábricas de jabones, que utilizaban la grasa de los mataderos, y también, hacia distintos rumbos, estaban diseminados famosos peringundines, "donde desmontaban los ecuestres

marineros de la pampa, ávidos de gustar el amor y la caña . . . , lugares sahumados de patchulí y tabaco brasileño, donde gemían en las noches los acordeones de ocho bajos y vibraban las bordonas de las guitarras en olvidadas mazurcas con corte, cadenciosas habaneras y retozonas milongas de apasionante compás . . . " Se bailaban también bailes criollos, se realizaban riñas de gallos, se jugaban bravas partidas de monte y, los domingos, eran fundamental espectáculo las carreras de caballos y las cinchadas de éstos y de carros, en la calle de la Arena, frente a la "Esquina de los Corredores", pulpería que estaba situada en lo que es hoy la calle Loria entre Chiclana y Rondeau . . .

Pero no hay duda que mucha celebridad adquirieron esos "Corrales Viejos", como lugares de fuertes bailongos, al dárselos a veces como cuna del tango y por ser citado a menudo en letrillas de milongas. El payador Silva cantaba aquella que comenzaba así: "La otra noche en los Corrales/hallé una china muy mona/ y ahí no más, como por broma/me le empecé a lamentar . . ." Y el genial Angel Villoldo, que sin duda en sus andanzas se llegó por esos pagos, comenzaba así uno de sus más populares cantos:

*"La otra noche medio en pepe,
me largué pa Los Corrales
a darle giro a unos nales
que me largó mi patrón;
iba hilvanando una polka
que tocan los vigilantes
cuando oí notas vibrantes
de guitarra y bandoneón."*

Otro poeta popular, Miguel A. Camino, fue el autor de aquella conocida estrofa que se iniciaba con estos dos versos:

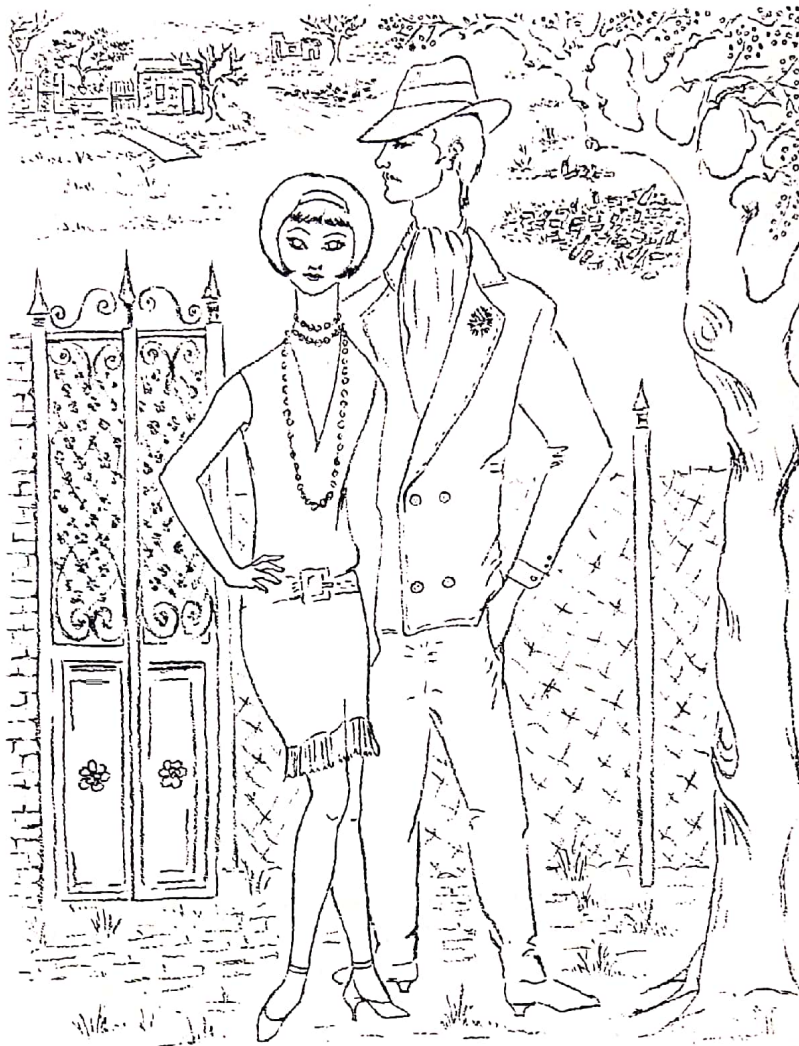
*"Nació en los Corrales Viejos
allá por el año ochenta . . ."*

Y el excelente poeta del tango, Francisco García Jiménez, retomó así esta idea de la cuna tanguera:

Y siguiendo con esta idea, digamos que, indudablemente, el tango se bailaba fuerte en las pistas de tierra de las pulperías y peringundines de los Corrales. Grande era la fama de sus bailongos domingueros. Y digamos que la tradición tanguera

*"La cosa jué por el sur
y aconteció n'el ochenta,
ayá en los Corrales Viejos,
por la caye de l'Arena . . ."*

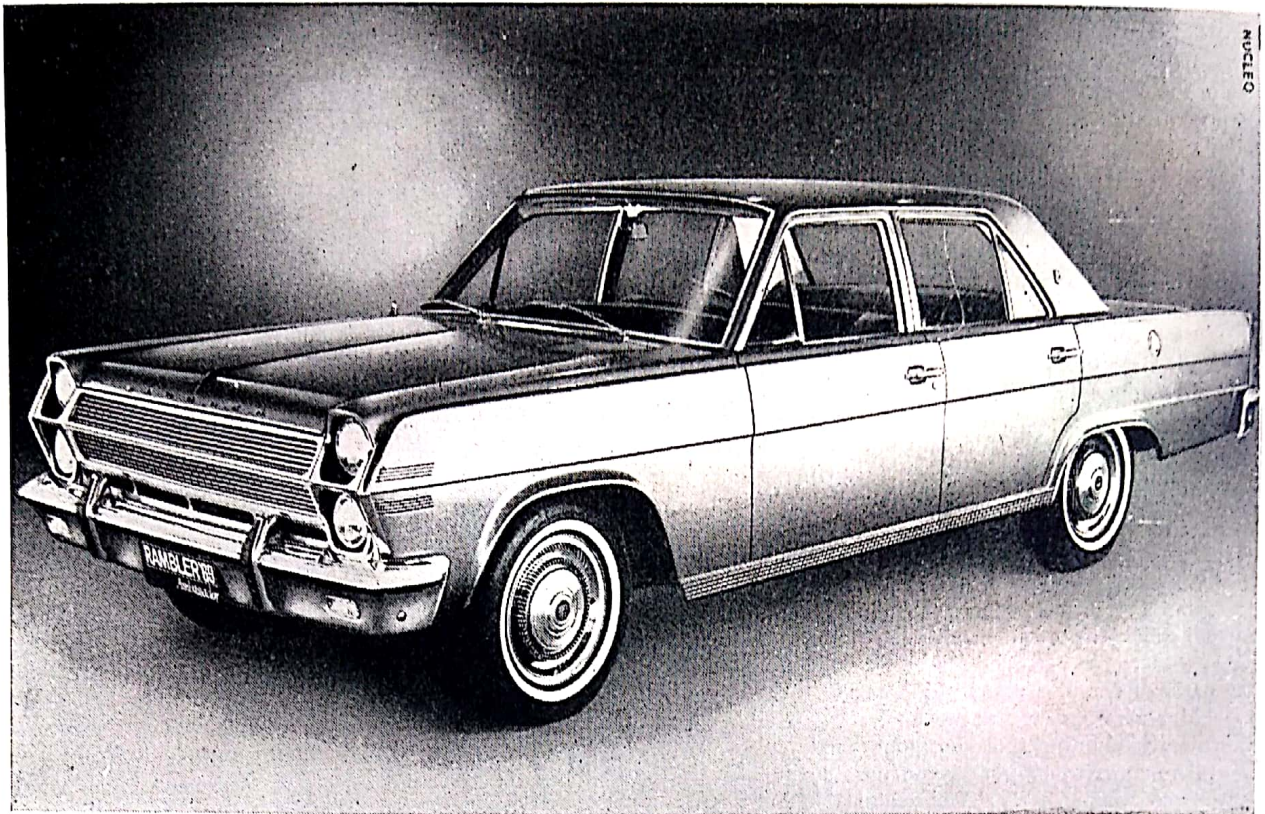
—además de la de los payadores que, por allí pasaron—, siguió teniendo en los alrededores de Los Corrales, cuando éstos dejaron lugar para que se plantara el Parque Patricios, su muchachada adicta y sus célebres cultores.



Hacia 1920 vivía por la calle Patagones el morocho Guillermo Barbieri, y por él más de una vez se llegó Carlos Gardel a ese barrio. Y muy cerca de Barbieri vivía el poeta José Rial, de cuya conjunción nació el hermoso vals **Rosas de Otoño**. Y también dieron lustre a la barriada tanguera algunos bandoneonistas que alcanzaron celebridad: Juan B. Guido, apodado "El Lecherito", que a los quince años se inició en un café de la calle Caseros, y se especializó en la ejecución de románticos valsos y escribió aquéllos bellos tangos que le grabó Gardel: **Tarde Gris** y **Coquetita**. Antonio Buglione, fue otro de los aplaudidos bandoneonistas, autor de **La maleva**. Y Arturo Severino, apodado "La Vieja", que compuso **La bicoca** y **Trompito**. Y de allí también salió el cantor Luis Cardelli, apodado "El Rubio", por quien sintió admiración nada menos que "El Morocho" . . .

Y no dejemos de citar otras letras famosas de nuestro cancionero, que evocan lugares y personajes del lu-

gar: la del tango **Parque Patricios**, del violinista Oscar Arona, gran creación de Charlo; la del tango de Targini **Mano cruel** que habla "de la piba más mimada de la calle Pequir"; la de la milonga **Corrales viejos**, de Aieta, Laino y Radici, que habla del "viejo Parque Patricios, cuna de la muchachada, que se llegó a Corrientes calzando alpargatas" y dónde se pregunta "¿Dónde estás Corrales Viejos?". Y por último, cómo no hablar de **Milonguita**, el tango inspirado en un desdichado personaje real, Esthercita Casellas, cuyos versos escribió Samuel Lining para su obra homónima, estrenada en el teatro Ópera y que, con la música de Delfino, en ese escenario cantó por primera vez María Esther Podestá; allí mismo donde poco tiempo después lo agregaría Raquel Meller en su repertorio . . . Y allí está todavía, sobre Chiclana, venerada por los viejos vecinos del barrio, la casa de "Milonguita", "la pebeta más linda . . . con pollera cortona y con trenzas . . .".



NUCLEO

N 30 60 10

Rambler Ambassador '69 Sin par.

Con Ambassador '69 no hay comparación posible.

Porque destaca su nuevo diseño interior "a la europea" y la sobriedad de su estilo. Porque es un auto para poca gente.

Para los que valoran lo artesanal en su confort diario.

La suntuosidad, la madera, el metal, el cuero, cuidados en cada detalle.

Ambassador, máxima expresión de la industria automotriz.

EL RAMBLER AMBASSADOR '69 PRESENTA:

- Caja ZF, ahora de 4 marchas sincronizadas
- Aire acondicionado, de fábrica
- Dirección de potencia
- Butacas delanteras reclinables
- Frenos a disco con servo
- Apoya brazos centrales y laterales
- Faros de cuarzo yodo
- Levanta cristales eléctricos
- Volante de nuevo diseño (diámetro menor)
- Cristales matizados
- Nuevos tapizados en cuero o tela.

Motor Tornado OHC de 155 HP., con árbol de levas y válvulas a la cabeza. Suspensión Link Bar.

Rambler le ofrece también CLASSIC y CROSS COUNTRY con las grandes novedades '69.

RAMBLER 

Los vehículos Renault, así como los Torino, Jeep y Rambler, son productos IKA-RENAULT.

